

ciado á Tiberio como cómplice del que se titula "rey", en una provincia del Imperio y que por ese mismo hecho, es reo de lesa magestad. Entonces, todo se pierde para el Galileo.

El temor, la ambición, el egoísmo y la avilantez deben triunfar. Para que el acto revista toda la solemnidad de la ley, el Procurador tomó asiento en el Litostrotos, y á su presencia hizo conducir á Jesús, y mostrándole de nuevo al pueblo, dijo: "He aquí á vuestro Rey."

Peró un rugido respondió: "¡Quítalo, crucifícalo!"

Y Pilatos, taciturno y contristado, repuso: ¿Debo yo crucificar á vuestro Rey?

—No tenemos á otro Rey más que al César.

¡Con esta suprema villanía renunciaban á su odio secular contra los extrangeros, cuyo prolongado yugo no soportaban; y renunciaban también á aquel Rey de Judá prometido, esperado y anhelado como libertador! Aunque se pierda todo, patria, bonor é independencia, con tal que Jesucristo sea colgado en el madero infame de la Cruz!

Con la magestad de representante de Roma, Pilatos pronunció la fórmula tradicional:—"I, lictor, expedi cruce[m]" Anda, lictor, á preparar la Cruz. Y lanzando una mirada despectiva sobre aquella turba enfurecida, se levantó de su asiento y salió de la estancia.

Era easi la hora de sexta; estaba próximo el medio día.



EL CAMINO DEL CALVARIO.



URGE poner manos á la obra. Es necesario realizarla prontamente; se acerca el gran Sábado y todo debe quedar cumplido antes de que comience la grandiosa solemnidad. Vencieron al fin: ¡El odiado Nazareno penderá de la Cruz! Hace apenas cinco dias que era saludado con el hosana triunfal por aquellos mismos que arden ahora en deseos de verle en el infame madero. Entre los que quieren la muerte del Maestro, se encuentran los que á su paso le tendían palmas, los que presenciaron sus milagros, algunos de los que de El recibieron el alivio y muchos de los que participaron del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. ¡Allí están también, empiñándose sobre sus piés, para gozarse en el martirio de Jesús, los niños que fueron bendecidos y acariciados

por la blanca mano del Profeta. ¡La ingratitude humana no tiene límites.!

Anás y Caifás satisfechos, dan órdenes. en voz baja, á la triste comitiva. Quitándole á Jesús el cetro y la clámide real y le dejan solo la corona de espinas, para que se recrudezca su padecer.

Todo está listo. Es tiempo de emprender ya la marcha. Un oficial pregunta á Pilatos qué se debe poner sobre el *titulus*. El Procurador vacila un momento y ordena después que se escriban estas palabras: "JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS."

Y así se ejecuta, en la lengua hebrea, que era la nacional; en la griega que era la de uso común y en la latina que era la de los conquistadores. De este modo, en los idiomas que representaban las tres más grandes civilizaciones de aquellos tiempos, Pilatos que poco antes declarara Justo á Jesús, lo proclama ahora, Rey de los Judíos: la autoridad romana sanciona así la realeza del Hijo de María, el que desde lo alto de aquel arbol de infamia, reina, en verdad, soberanamente en el mundo.

Un centurión que va á caballo, abre el fúnebre cortejo; cerca de él un heraldo lleva el *titulus*. Atrás viene Jesucristo, más encorvado que nunca, bajo el pesadísimo madero, que se apoya en su hombro izquierdo. No es largo el trayecto al lugar del suplicio, pero el Mártir carece ya de fuerzas y á cada paso vacila y está á punto de caer.

Un aullido inmenso de rabia se escucha á la salida de Jesús de la Torre Antonia, y aquella multitud imbecil le recibe con insultos, blasfemias y crudelísimos vituperios. La guardia apenas puede con sus lanzas, contener aquella ola humana que trata de arrastrar al Divino Maestro. Siguen á éste, los dos ladrones acompañados de esbirros, que llevan martillos,

cuerdas, clavos y todo lo necesario para la tremenda y oprobiosa labor.

La debilidad de Jesús y su continuo vacilar mueren á desdén y á risa, á la plebe. Algunos se le acercan, le abofetean y le hieren; pero el Salvador no lanza ningún gemido. En lo íntimo de su alma se dirige, sin duda, al cielo con aquellas sublimes palabras que repetirá en la Cruz:—"¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!"

Las fuerzas siguen faltando al Nazareno, quien ya más parece un cadáver que un ser viviente. No había tomado por muchas horas alimento alguno, y sus angustias físicas y morales llegaban al colmo. Sus desnudos pies tropiezan con una piedra y el Salvador cae bajo la Cruz. Se redoblan los aullidos, las blasfemias; púñzanle los soldados con sus lanzas y tratan de que se levante; pero Jesús, no tiene ya alientos. Viendo finalmente que no es posible que se ponga en pié, con imprecaciones, con golpes y empujones, los legionarios lo levantan, pero El, no pudiendo sostenerse, vuelve á caer.

En aquellos instantes acierta á pasar Simón Cireneo, quien contemplando á Jesús en trance tan angustioso se compadece en extremo y le ayuda á llevar la Cruz.

Empezaban ya á temer todos que el reo no llegase vivo al Calvario. ¡Sería eso un gran desconsuelo para los que anhelaban verle colgado en el patíbulo, muriendo lentamente, en medio de atroces dolores!

Quizá algunos se compadecían de Jesús, pero ninguno manifestaba con signos exteriores su conmiseración! Basta, en efecto, haber perdido, riquezas, honores, estimación y todo lo que atrae el favor de los

demás, para perder también, la simpatía de todos ó al menos su demostración externa. Si hay alguien que no participe del parecer general, ese guarda, de seguro, un absoluto silencio para no comprometerse.

Así Jesús no escucha voz alguna de consuelo, de sostén, ningún suspiro, ninguna de aquellas palabras compasivas que suelen oírse cerca de los cautivos y de los que sufren. Dirige el Maestro en torno suyo, su vista para buscar un rostro amigo impregnado de piedad, una mirada que le diga, respondiendo á las angustiosísima de sus ojos: "Desdichado, yo siento también tu dolor, son mías tus penas," mas no encuentra sino miradas torvas, caras en las que se refleja el gozo de verle sufrir y rostros indiferentes, que acibaran más su amargura, porque no expresan ni odio, ni amor. Y Jesús baja sus dulces ojos, que tienen á veces luminosidades indefinibles y á veces se inyectan de sangre, para levantarlos al cielo, como si buscasen ansiosos al Padre, que parece esconderse en el piélago azul del infinito.

Pero ¿y María también lo ha abandonado? ¿Es posible que una madre no encuentre en su corazón la fuerza necesaria para resistir la presencia de su único hijo, que está moribundo y le deje solo cuando sufre los más crueles tormentos? No, María, está allí y con ella, un amigo fiel que contempla angustiado aquel inmenso padecer.

La Virgen Santísima había venido también á Jerusalén la tarde de aquel Jueves memorable y debe de haber participado, según algunos escritores místicos (hallándose en una estancia contigua al Cenáculo) de la Nueva Pascua, que su Hijo instituyera para la salvación de los hombres.

Envuelta en su manto, en compañía de Juan, se encontró siempre entre la turba, asistiendo, con infinito dolor, á la flagelación del Nazareno, para seguir-

le después por el Camino del Calvario. Jesús alza un instante sus ojos y se encuentra con los de su Madre. Con la mano que tiene libre, limpia la sangre de su Rostro y mira á la Virgen con la misma dulzura con que la miraba cuando siendo gracioso niño, se mecía en aquellos amantísimos brazos y con igual arrobaamiento que cuando, años después, se sentaba entre ella y José, á la puerta de la pobre casita, al plácido fulgor del crepúsculo vespertino que teñía de carmín y de topacio el diáfano cielo de la Palestina.

Trata la desventurada Madre de arrojarle en los brazos de su Hijo, pero la guardia la rechaza brutalmente, y cae desvanecida en el regazo de la Magdalena.

Jesús, entre tanto, sigue su camino. Cada paso que da es un dolor intensísimo para aquellos pobres miembros; atravesábanle las sienas las espinas, como le traspasaba el alma la desolación que leñera en su Amantísima Madre.

Los Pontífices y los del Sanhedrín, montados en blancos jumentos, no quieren perder ni el menor detalle del terrible espectáculo que se prepara. Caifás llevaba ricas vestiduras pontificales y sobre la cabeza, la mitra de oro. Anás, los escribas y los ancianos eran en realidad los que alborotaban á la plebe, instigándola á que lanzase insultos y vituperios á Jesús. Al pasar éste por una casita, se abre la puerta y aparece una mujer que se dirige resueltamente á través de la multitud, hasta llegar al Maestro. Había visto el padecimiento del Nazareno y su rostro cubierto de sangre, de polvo y de sudor, y no pudiendo darle otro auxilio, jugó aquella divina faz, con una tela blanca Jesús mira, con ternura, á aquella mujer que ha ejecutado un hermosísimo acto de piedad, y como el Salvador hubiese prometido no dejar sin recompensa

cualquier hecho caritativo que se realizara en su nombre, quiso premiar á esta alma humilde y buena, dejando impreso en aquel sudario, su Divino Rostro.

Traspuesta la Puerta Judiciaria, la trágica procesión continúa ascendiendo la áspera pendiente del Gólgota, á cuya agria roca se dirigen hoy las miradas de todos los pueblos del Universo.

Jesús cae de nuevo y solo, con supremo esfuerzo, consigue levantarse.

El aspecto de aquel monte, desnudo de vegetación, da idea de un Cráneo, de aquí su nombre de Gólgota ó Calvario.

Se acostumbraba en Jerusalém, ajusticiar á los reos, en las alturas que dominan á la ciudad y en los sitios más frecuentados de los caminos, á fin de que el castigo del delito tuviera mayor influencia sobre el pueblo y sirviese de ejemplo saludable. Al pié de aquella roca del Calvario pasaban los viajeros procedentes de Damasco, de Belem y de Gaza.

Exceptuando á Juan, no se encuentra en ese camino doloroso, ni uno solo de los discípulos del Señor, para derramar aunque fuese silenciosas lágrimas que dijeran:—"Maestro, yo lloro contigo." Pero la mujer, en medio de su debilidad, halla siempre el ánimo que falta al hombre. En donde se sufre está, en toda ocasión, ella, abierta, francamente, aún á riesgo de cualquier peligro, para derramar el bálsamo de sus consuelos y de sus ternuras. En el Sanhedrín y en todas partes, los hombres han callado cobardemente y no se han atrevido á defender al Salvador del mundo; pero Claudia Prócula, la Verónica y otras mujeres piadosas, toman ardientemente la defensa de Jesús.

Ya para llegar al lugar del suplicio, varias hijas de Jerusalém se acercan al Mesías, llorando. Entonces el Mártir Divino, al ver ese rasgo de simpatía y

afecto, rompe el silencio que guardara desde la última palabra que le dirigió al Procurador: "No lloreis por mí, les dice; llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque ha de llegar el tiempo en que se diga:—Felices las estériles, cuyo seno no ha concebido, y cuyos pechos no han amamantado."

Su voz al pronunciar estas frases, es severa, al contrario del tono misericordioso que usara otras veces, al llorar sobre Jerusalém. Es ya demasiado tarde para el arrepentimiento.

La Sión regia no alcanzará perdón, y El, que es su víctima, habla ahora con el acento del juez que pronuncia la merecida condena.

María va siempre detrás del Divino Paciente. Muchos saben que aquella mujer es la Madre del Nazareno, y se gozan haciendo que escuche las maldiciones y los terribles insultos que dirigen á su Hijo. Y la Madre sin mancha, cuyo dolor á ninguno se asemeja, sólo responde con lágrimas silenciosas que bañan su pálido y bellissimo rostro.

Vuelan las palomas silvestres, y como si fuese un saludo para Jesús, gimen dolientemente; los pajarillos entre el ramaje de los olivos, desgranán sus breves notas y tremolan lánguidos trinos, como si levantasen un himno de dolor á aquel Rey que pasa. De las humildes florecitas y de las yerbas aromáticas parece que sube una onda tenue y suave de fragancia, para envolver al dolorido cuerpo de su Criador, antes que los perfumes y los bálsamos del sepulcro unjan esos miembros lacerados y finísimos.

Ya está el cortejo en la esplanada del Calvario: el sol indica la hora del mediodía. La cruz que lleva el Maestro se tiende en tierra, ofreciéndose al Mártir que espera en pié y con los ojos fijos en el instrumento de su suplicio, el vino de mirra que se daba á to-

dos los acusados, para que en la embriaguez perdieran el conocimiento.

Jesucristo acerca á sus labios la copa, pero no quiere beber su contenido.

Se desnuda luego al Maestro y aparecen con todo su horror, aquellas llagas y aquella carne viva y palpitante. Los verdugos tienden entonces á su víctima sobre la Cruz. Se apoderan de la mano diestra y un esbirro feroz, la fija de un solo golpe, con un largo clavo, en el madero. Salta la sangre; una contracción violenta se apodera de los dedos y se extiende por todo el cuerpo; los divinos ojos del Señor se dilatan, y un suspiro fatigoso, agita por un instante, aquellos labios lívidos.

En seguida tiran los verdugos del brazo izquierdo, con tal fuerza, que lo dislocan, y bajo el implacable martillo, queda también clavada la mano. Cada uno de aquellos horribles golpes, repercute en el desolado corazón de María, que presencia el suplicio de su amantísimo Hijo.

Fijas las manos, pasan luego á los piés. Las piernas están encogidas por el espasmo. Todo músculo, todo nervio y toda fibra tienen padecimientos; pero aquellos miserables sin entrañas, hacen penetrar el clavo en las carnes palpitantes, y quedan los piés fijos en aquel arbol de infamia, que desde entonces, es de salvación y de vida.

Con cuerdas levantan la Cruz para dejarla caer brutalmente en el agujero destinado á mantenerla recta. La multitud saluda con formidable clamor la aparición del cuerpo destrozado de Jesús, que se agita terriblemente convulso, en tanto que de los labios del Mártir sublime, brotan de nuevo aquellas palabras imperecederas:—“¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”

Nadie, sin embargo, escucha que salga una queja de aquella boca: sólo se observa la mirada que dirige á sus verdugos, á los pontífices, al Sanhedrín y á todos los que se deleitan con su martirio. Aquella mirada es la misma; es la de siempre, suave, dulcísima, arrobadora.....

Del templo llega, entonces, el eco prolongado de trompetas, semejante á voces misteriosas que parecían venir de las alturas. Era la señal del sacrificio que se celebraba al mediodía, anunciando, al mismo tiempo, aunque de una manera inconsciente, que en aquel instante, sobre el Calvario, se hacía el Sacrificio del verdadero Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Ni los fariseos, ni los sacerdotes habían leído antes aquel rótulo de: “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos,” y así cuando lo vieron puesto en la Cruz, mandaron decir á Pilatos: “No debe escribirse “Rey de los Judíos”, sino que El, se ha llamado de ese modo.

Parte el mensajero, pero Pilatos cansado ya de las exigencias del Sanhedrín y comenzando á sentir dentro de su alma, íntima é intensísima turbación, contesta:—“Lo que he escrito, escrito queda”, como si declarase así la realeza mesiánica de Jesús, á despecho de los que gritaban:—“No queremos que reine sobre nosotros.”

Los insultos se renuevan más bárbaramente que nunca. Desfilan todos ante el Crucificado, y le dicen:—“Tú que destruyes el Templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á tí mismo”. Y añaden:—“Si Tú eres Hijo de Dios, baja de la Cruz”. Con sarcasmo cruel gritan otros:—“¡Si es el Mesías, el Rey de Israel, que descienda de la Cruz y en El creeremos!”

Pero Jesucristo á todos estos insultos no opone,

sino una sublime plegaria: la plegaria del perdón para sus enemigos.

María, la Madre desolada, que resiente en su corazón todos los tormentos que su Hijo experimenta en el cuerpo, debe haber repetido dentro de su alma diafanísima, la misma plegaria tantas veces dicha: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."

En tanto, los soldados romanos que habían hecho el despreciable papel de verdugos, se reparten al pie de la Cruz, el manto y la banda del Nazareno, y juegan al dado, la túnica que no podía dividirse, para que se cumplieran así las palabras del Salmista.

Los dos ladrones pendientes también de cruces, estaban á uno y otro lado del Salvador. "Si tú eres Cristo, decían, sálvate y sálvanos contigo", y con penetrantes gritos no cesaban de maldecirle; pero cuando el Señor, volviéndose á uno de ellos, le vió con sus ojos empapados de ternura y de perdón, el arrepentimiento y la piedad penetraron al alma de aquel bandido y en un arranque bendito se dirige á su compañero de latrocinios, exclamando: "¿No temes acaso á Dios cuando estamos á punto de morir? Si sufrimos, es con justicia, en castigo de nuestros crímenes; pero este Hombre ¿qué mal ha hecho? Y luego murmuró humildemente, hablando á Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando entres á tu reino."

Este ladrón reconoció en el Crucificado al verdadero Hijo de Dios. No fué inducido por el convincente poder de los milagros, no iba á ser testigo del prodigio portentoso de la resurrección; le bastó contemplar la belleza divina, en su dolor sin nombre, para adorar lo que otros más favorecidos que él, por la abundancia de las pruebas, iban á continuar negando y blasfemando.

El Maestro podía repetir la memorable palabra:—"No he hallado fé tan grande en Israel."

Y volviendo lentamente el rostro, dijo á Dimas, el ladrón arrepentido, estas palabras de dulcísimo, de incomparable consuelo:—"En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso."

"Hoy". ¡Qué pronto!—"Estarás". ¡Qué promesa!—"Conmigo". ¡Qué compañía!—"En el Paraíso". ¡Qué ventura!

Negras nubes, entre tanto, comenzaban á rodar por el cielo, velando la luz del sol. La obscuridad iba siendo más y más densa. La muchedumbre, después de lanzar sus postreros insultos al Crucificado, abandonó el Calvario para refugiarse en la Ciudad. Principiaba la agonía de Jesús, aquella agonía que espanta y que la fe del cristiano ve desarrollarse en la triste montaña, en medio de dos malhechores y bajo la comba sombría del cielo.

Por fin están ya al pie de la Cruz, María, la Magdalena, María Cleofas, las otras mujeres piadosas y San Juan. Los ojos moribundos de Jesús se inclinan; con infinita ternura, sobre ese grupo y se hacen más intensos sus dolores al considerar á aquella Madre desolada, que viene á recoger su último suspiro y á proteger amorosamente su cuerpo, que será cadáver dentro de breves momentos. La Magdalena abrazada estrechamente al madero, llora á raudales. Juan, el discípulo amado, con las manos unidas y presa de angustia indecible, mira á su Señor, á su Amigo Divino. Y Jesús, dirigiéndose á su madre, le dice:—"Mujer, he allí á tu Hijo" y á Juan:—"He ahí á tu Madre", y envuelve á ambos con una mirada inefable que encierra la angustia suprema del postrer adiós.

¡La espada de dolor de que hablara Simón treinta

y tres años antes, penetró aún más al corazón de la Madre Santísima!

Y las tinieblas crecían sin cesar, invadiéndolo todo.

Jesús levanta sus dolientes ojos al cielo y exclama: "Eli, Eli, lamma sabacthani!—¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?"

A esa exclamación, algunos de los esbirros que allí quedaban, se dijeron:—Este llama á Elías para que lo salve.

Casi inmediatamente después Jesús añadió:—"Sed tengo". Estando allí un vaso lleno de vinagre, humedecieron en él una esponja, que puesta en la extremidad de una caña, fué acercada á los labios del Nazareno.

En la ciudad se observaron fenómenos extraordinarios y misteriosos que inspiraban el más vivo terror. Los sacerdotes y los pontífices, por la oscuridad que reinaba, tuvieron que encender las lámparas para que continuase el sacrificio. El pueblo, lleno de alarma, aguardaba una catástrofe. Herodes y Pilatos, en sus palacios, se refugiaron en la estancia más apartada, y ante ellos se levantó el espectro de la celeste venganza. Era la hora nona. El Crucificado tuvo un instante de vigor; ve su obra cumplida hasta la consumación de los siglos, y con voz sonora exclamó: "¡Todo se ha consumado!"; como si quisiese anunciar al mundo, su muerte y con ella, su victoria que comenzaba.

En aquellos momentos las trompetas de los levitas se dejaron oír: era el sacrificio de la hora nona que se verificaba. Jesús levanta por la vez postrera sus ojos al cielo, y dice: "Padre mío, en tus manos entrego mi espíritu".

E inclinando suavemente la cabeza, expiró.

La tierra se estremece; los muertos resucitaron y el velo de jacinto y púrpura que cubría el Sancta Sanctorum, se hizo girones. Los soldados, llenos de espanto, abandonaron sus puestos. El Centurión dijo entonces:—"Verdaderamente, éste Hombre era el Hijo de Dios", y muchos repitieron:—"Sí, era el Hijo de Dios".



EN EL SEPULCRO.

—o—o—o—

Es preciso desprender los cadáveres de los crucificados: la Ley prescribía que no se dejase á los muertos, en el patíbulo, después de la puesta del sol.

Ya el Centurión había manifestado á Pilatos la muerte de Jesús, añadiendo estas palabras que antes pronunciara:—¡Verdaderamente aquel Hombre era Hijo de Dios!.....

Un oficial romano con pequeña escolta, se encamina al Gólgota: allí ordena á sus hombres que despedacen, con masas de fierro, las piernas de los dos ladrones que aún respiran. Era el golpe de gracia que se usaba con los esclavos, los prisioneros de guerra y los malhechores vulgares cuando tardaban en morir. Como Jesús había ya expirado, ese último tormento fué inútil. Sin embargo, quiso asegurarse de esto el decurión y ordena, al efecto, á un soldado de nombre Longino, que dé una lanzada al cuerpo del Nazareno, lo que aquel hace, atravezando el fierro, el pecho y saliendo por la espalda del sublime Mártir. De la herida brota sangre y agua y á los ojos enfermos de Longino llegan algunas gotas, que los alivian súbitamente y los abren á la luz, junto con su alma, que reconoce la divinidad de Cristo y se convierte, desde ese instante, á la vida eterna.

Entre tanto, un miembro del Sanhedrin, poderoso y riquísimo ciudadano, se hace anunciar á Pilatos. La posición del visitante y la universal estima de que goza, no permiten al Procurador hacerle esperar ni un momento solo. José de Arimatea solicita resueltamente de Pilatos, el cuerpo de Jesús para ponerlo en el sepulcro que había hecho construir para sí mismo.

Discípulo secreto del Nazareno, amigo tímido, por temor á los judíos, no tomó parte, empero, en la inicua condena. Confundido entre la multitud, debe haber presenciado todas las fases del suplicio de Jesús, y cuando le vió muerto, el ánimo que antes le faltara, aliéntale ahora para reclamar el cadáver y hacerle los postreros honores que le eran debidos. Pilatos accede á los deseos de José, no solo en obsequio á la solicitud del noble hebreo, sino para hacer patente su desprecio á los sacerdotes y á los demás individuos de la Ley, que le obligaran á pronunciar tan injusta sentencia.

José de Arimatea se apresura á comprar telas y lienzos de finísimo lino, para hacer un sudario. En la puerta Judiciaria se encuentra con otro discípulo secreto de Jesús, con Nicodemo, Doctor de la Ley, que llevaba consigo perfume de mirra y de aloe, para ungir el cuerpo del Nazareno.

No hay tiempo que perder. El sol entre nubes de púrpura y oro, se oculta ya en el ocaso: sus últimos rayos vespertinos, dulces, melancólicos y acariciadores, envuelven todo el cuerpo de Jesús. Fulgurando sobre la corona de espinas hacen brillar las gotas de sangre como si fuesen rubíes encendidos; la nariz afilada parece resaltar más, y creeríase que los labios iban á abrirse para pronunciar aquellas palabras suaves, consoladoras y empapadas en infalible ternura, capaces de conmover á las piedras mismas, á los espí-

ritus más rebeldes y á las más inflexibles voluntades. Aquellos rayos moribundos de la tarde, parecían anunciar que en el occidente, se verían los esplendores del infinito nombre de Dios y se coronaría la cabeza del Hijo del Hombre, con la diadema inmortal de Rey de los Siglos.

Una hermosa leyenda impregnada de ternura, cuenta que en aquella hora crepuscular, las golondrinas revoloteaban silenciosas en torno de la cruz del Salvador, como si quisiesen adorarle y conpadecerle. Aquella cabeza divina traspasada por agudísimas espinas, hacía quizá palpar de dolor á las amantes ave-cillas, que, en sus giros, se acercaban al Crucificado y plegando, por un instante, sus alas delicadas, para no lastimarle, tomaban con el pico las espinas de la corona.....

Eso era todo lo que aquellos pajarillos podían hacer por Jesús, por el Redentor del Mundo.....

José, Nicodemo y Juan, se dispusieron á hacer la obra del desprendimiento. Extraen los clavos de los piés y de las manos del Maestro. Los criados y las mujeres piadosas sostienen aquellos miembros flojos y sangrientos. María, al pié de la Cruz, recibe en sus brazos el cuerpo muerto de su hijo amantísimo, y cubre de besos aquel rostro inanimado y frío.

Recobra la Magdalena su puesto á los piés del Nazareno, no para bañarlos con perfume de nardo, sino para lavarlos con su llanto copiosísimo y enjugarlos con la mata abundante de su pelo.

Después de ser envuelto en el sudario el cuerpo de Jesús, fué llevado al sepulcro que pertenecía á José de Arimatea, que es el mismo al que hoy acuden de todas partes del mundo, millares de peregrinos para caer de hinojos, en actitud de soberana reverencia.

La piedad cristiana ha levantado allí una iglesia magnífica, en la que, más que en ninguna otra, parece el alma pasar de la contemplación interior á la sublime poesía del infinito.

Uno de los anhelos más grandes para el creyente es ir desde el confinado rincón del mundo en que se encuentre, á visitar ese Santo lugar.

Y ¡cómo no ha de ser motivo de anhelos! Pasar toda una larga noche, velada por el cielo de Jerusalem, adivinar con el pensamiento las sombras del Getsemaní, sentirse acariciar por las frescas auras que atraviesan el Monte de los Olivos, alzar los ojos á aquellas estrellas que vieron la gloria de Salomón y cintilaron sobre el Templo soberbio; bajarlos en seguida, para recorrer el camino que marcara con su sangre el Divino Jesús, son, á la verdad, de las sensaciones más altas á que el hombre puede aspirar.....

Muy hermoso es, sin duda, encontrarse en la gradería solitaria del Coliseo, iluminado fantásticamente por la luna, ó sentarse bajo el arco del Partenón á meditar sobre la gloria de Atenas; pero ni esto, ni algo más, puede compararse á emplear una noche en la Iglesia del Sepulcro, ante la tumba que despide aún, fragantes perfumes de aloe y de nardo; iluminada por aquellas lámparas, á cuya luz la fantasía se forja la figura de Jesús, coronado de espinas, pronunciando en medio de aquel silencio solemne, alguna de las palabras que trajo consigo del cielo, y que producen en el alma, un sentimiento tan vasto y tan profundo, que no hay frase humana que pueda describirlo.

Encerrado Jesús en la tumba, se alejan todos, pensando solo en volver una vez que pasase la gran solemnidad, á derramar nuevamente, bálsamos y perfumes, sobre aquel Cuerpo tan querido.

En la mañana del Sábado, los jefes de los sacerdotes y de los fariseos, fueron al palacio de Pilatos para hablarle. Cuando estuvieron en presencia del Procurador, que les recibe con frialdad, le dicen: "Escucha: aquel sedicioso, cuando vivía, anunciaba su resurrección, después de tres días. Te pedimos Procurador de Roma, que envíes soldados al sepulcro del Nazareno, para que lo custodien durante ese tiempo y sus discípulos no se apoderen del cuerpo y digan al pueblo que el ha resucitado."

A lo que Pilatos, con desdén, les contesta:—"Tomad la guardia, idos y haced lo que queráis."

Llevan entonces, soldados del Templo y satélites armados del Sanhedrín, á los que apostan en el sepulcro, dándoles órdenes severísimas de que no permitan acercarse á ninguno. ¡Todavía les inspiraba temor aquel pobre muerto!

¡Oh bellísima arrepentida María de Magdala! ¡Oh piadosa mujer adolorida!, ya no podrá realizarse tu deseo de volver al jardín de José de Arimatea, para derramar tus lágrimas y tus perfumes sobre el cuerpo frío del Señor! Tú esperas el alba del tercer día y tienes ya bálsamos y aromas preparados para unguir á tu Dios.

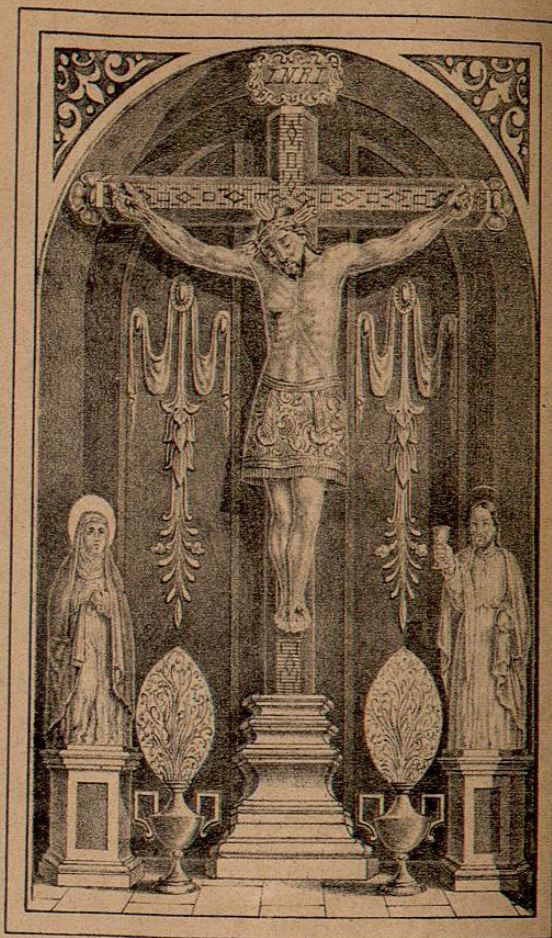
Anda, bellísima Arrepentida, anda piadosa mujer, á la tumba en que viste encerrar á Jesús de Nazareth, al Maestro, al Divino Mártir, cubierto de heridas y ensangretado; anda, apenas comience el cielo á blanquearse con la luz del alba. Sobre la piedra del Sepulcro verás á dos Angeles de veste transparente y fulgurante que, con voz dulcísima, te dirán:—"Surrexit, non est hic." "¡Ha resucitado! No está aquí."

FIN

INDICE

	Páginas.
El Triunfo.....	7.
Asechanzas.....	20.
Abandono del Templo.....	27.
La Cena.....	38.
En el Gethsemaní.....	45.
De Caifás á Pilatos.....	55.
En la Torre Antonia.....	63.
La Flagelación.....	72.
El Camino del Calvario.....	79.
En el Sepulcro.....	92.





EL SMO. CRISTO DE LA PARROQUIA DE ZACATECAS.
 A devoción del Cura propio de la misma ciudad P.^o
 Juan José de Orellana.

MODO PRACTICO

Y DEVOTO

DE HACER EL SANTO

EJERCICIO DEL

VIA-CRUCIS

por San Leonardo de Porto Máuricio,
 menor reformado y misionero apos-
 tólico. Traducido del italiano por
 el padre Fr. Julian de San José ó
 Gasuña.



CUARTA EDICION.

Por el Cura propio de esta Capital, Pres-
 bitero Juan José de Orellana.



ZACATECAS:—1855.
 Reimpreso en la tip. de Juan Villagrana,
 á cargo de Telésforo Masías.